

## CAPITULO XXV.

Uno que desespera y otro que suplica.

Cuando Anás y Onkelos llegaron al grupo al que se dirigian, Caifás y Eleazar estaban disputando, como pudieran hacerlo dos mujerzuelas de la clase mas ruin de la sociedad.

Eleazar creyendo que Onkelos era de su opinion y que favoreceria su partido, mostrábase tan intransigente y fiero como nunca su cuñado le hallara, y como este no tenia ni el talento, ni el ascendiente, ni tampoco el crédito necesarios para imponer á Eleazar, el hijo de Anás, que suponía luchar de igual á igual, no queria ceder un paso, y por esto mismo la cuestion habia llegado al extremo que acabamos de indicar.

Eleazar decia á su cuñado:

—No te canses, Caifás; no siempre ha de prevalecer tu opinion aquí; no siempre has de acabar por imponernos tu dictámen. La razon está de nuestra parte, y estos señores que nos rodean, como quiera que abundan en mis apreciaciones, todos, absolutamente todos, pedirán la muerte del infame Nicodemus, no bien se haya reanudado la sesion.

—Eleazar, yo te ruego por la vida de tus hijos que desistas, porque si no desistes vas á trastornar todos nuestros planes.

—¿Y á mí qué me importa que tus planes se vean tras-

tornados? ¿Acaso son los tuyos de mejor condicion que los míos, para que me sujete á tu capricho y renuncie á mi libertad de obrar?

—Es que de esa manera vas á convertir en cosa inútil todo lo que hemos hecho hasta aquí: —díjole Caifás con desesperacion, viendo la terquedad de Eleazar.

Mas este, léjos de darse á buen partido, insistia cada vez con mas empeño diciendo:

—¿Y á mí qué me importa desbaratar tus planes, si en último resultado, con los tuyos ó con los de otros, llevamos los criminales al suplicio que merecen?

—Es que de esa manera no conseguiremos nada.

—¿Y por qué? Basta que José Caifás, gran pontífice, gran presidente del Consejo de Jerusalem, y del colegio sacerdotal, vicepresidente del Sanhedrin, y qué se yo cuantas cosas mas, basta, digo, que ese personaje lo haya asegurado, para que sea tal como él lo ha dicho. ¿Y por qué no hemos de conseguir nada, dí?

Caifás, enojado por las palabras irónicas de su cuñado, no pudo dominarse por mas tiempo, y montando en cólera, y dando al traste con todas las atenciones y respetos que á su posicion debia, dijo á Eleazar descargando una patada furiosa en tierra:

—¿Sabes por qué, majadero? Por la misma razon que seria bueno te quedaras mudo siempre que intentas hablar.

No necesitaba tanto, por cierto, Eleazar para exacerbarse hasta lo indecible, y entonces fue cuando verdaderamente el asunto tomó todas las proporciones de una disputa de lavanderas.

Aquellos hombres tan hinchados, tan pagados de sí mismos, estaban dando un espectáculo tan grotesco y tan digno de lo que eran, que por abrigar la conviccion de que no

acertaríamos á describirle con verdad, preferimos renunciar á hacerlo, dejándolo á la buena penetracion de nuestros lectores, que sin duda suplirán nuestra falta con su buen criterio.

Y en esta circunstancia llegaron al corro Anás y Onkelos, con cuya aparicion cesó la disputa, y la retahila de inectivas que los dos cuñados se estaban prodigando, con una facundia inagotable.

Anás frunció las cejas con disgusto y dijo á Onkelos:

—¡Cosas de Eleazar!

—¡Ah! ¡qué admirablemente conocéis á vuestro hijo!— le dijo el fariseo con una entonacion de lijero sarcasmo.

Anás penetró en el corro, y dijo con la voz del que se halla acostumbrado á ser obedecido siempre:

—¿Qué viene á ser eso? ¿Qué innoble espectáculo estais dando aquí? Eleazar...

—La razon está de mi parte, y yo me hallo en el uso de mi derecho, defendiendo una opinion que Caifás quiere que sujete á la suya.

—Caifás hace bien. Tú no estás en los secretos en que tu cuñado se halla iniciado, y si aquí cada cual debe tirar del manto por su parte, entonces que cargue el diablo con el peso del gobierno.

—Pero si esta es cuestion de justicia y de decoro:— murmuró Eleazar.

—Aquí debe inspirarlo todo el bien de la nacion, y cuando este bien nos impone algunos sacrificios, mal patrio es el que se olvida de la patria para atender á las cuestiones personales, por mas justas y legítimas que ellas sean.

—¿Pero qué tiene que ver la patria con este asunto? ¿Acaso no se halla ella tan ofendida como nosotros mismos

por el vil Nicodemus? ¿Acaso no vindicamos la honra de Israel en el acto de pedir justicia implacable contra el calumniador?—objetó Eleazar, que no se hallaba dispuesto á enmudecer ni siquiera por su padre.

—No insistas;— gritó Anás lleno de coraje;— no insistas si no quieres que yo, tu padre, me vea en el caso de negar que seas hijo mio... Solo la duda;— prosiguió luego modificando su entonacion;— solo la duda en nuestra acrisolada lealtad, puede ponerlos en el caso de obrar de una manera diferente á la que os indicamos. ¿Dudais de nosotros, sí ó no? Si dudais quedaos con el poder que libremente abandonamos en vuestras manos, pero si teneis confianza en los pontífices y en Onkelos, renunciad por ahora á vuestros propósitos referentes á la suerte de Nicodemus. El que está acostumbrado á velar por Israel, no pierde de vista tampoco vuestra honra ni vuestro decoro.

Al espresarse Anás de esta manera, se dirigia ya á todos los circunstantes, en cuyos rostros leía que participaban de la opinion de Eleazar, hallándose dispuestos á secundar los propósitos del necio hijo del viejo pontífice.

Este nó creia hallar semejante oposicion, tanto mas temible, cuanto era silenciosa; carácter con que se revestia la imponente resolucion de aquellos malvados, prontos á sacudir la tutela enojosa de los pontífices.

Eleazar permanecia mudo, pero estaba lleno de rabia y de coraje.

Sentia violentas tentaciones de resistir á su padre, y á buen seguro que las llevara á cabo, si el mismo Satanás, que velaba por el éxito de aquella diabólica empresa, no se pusiera del lado del viejo, quitando á Eleazar las fuerzas y la resolucion para obrar por su cuenta.

El hijo rabiaba como el caballo que tasca por primera

vez el freno, pero dominado por la fuerza oculta que le subyugaba, no sabia hacer otra cosa que desesperarse y maldecir á su padre.

Esto sin embargo, atrevióse á preguntar á Onkelos:

—¿Es cierto que vos habeis desistido tambien?

—Yo no he desistido, pero he aplazado la realizacion de mis propósitos, para una ocasion en que las circunstancias sean mas oportunas que la presente. Vuestro padre tiene razon: —contestóle Onkelos tratando de disuadir al furioso Eleazar.

—¿Es decir que habré de renunciar á las inspiraciones que Dios tiene la bondad de enviarme, para sujetarlas al parecer de otros mas afortunados? ¿Es decir que me habré de reducir á la condicion de un autómeta, que si obra es obedeciendo al impulso de una fuerza estraña? ¿Es decir que tendré la desgracia de que nunca prevalga mi opinion en el Sanhedrin?... ¡Triste condicion es la mia!... ¡Oh! —esclamó levantando los brazos á lo alto, y apretando convulsivamente los puños; —¡oh! ¿por qué me habeis dado, Señor, el conocimiento? de qué me sirve la inteligencia, si me poneis siempre en el caso de sujetarla á la voluntad de los demás?

—Eleazar, tú no tienes razon: —díjole uno de sus hermanos; —humilla tu altivez ante la cansada esperiencia de nuestro padre.

—Sí, la humillaré; sí, la humillaré, no temas, pero sabe, hermano mio, sabe que es muy triste esto de tener una inteligencia, y de hallarme siempre en la precision de sujetarla á los caprichos de los demás. ¡Oh! fortuna tiene mi padre de que me acuerde que soy su hijo.

—¡Y así le insultas! ¿Y así te desesperas y luchas pretendiendo sacudir mi autoridad, desgraciado? Acuérdate

de la obediencia y del respeto que me debes, si quieres que te obedezcan y respeten á tí tus hijos.

—Bien, bien; no temais; puesto que todos me abandonan para seguir vuestro partido, fuerza será que yo calle tambien; fuerza será que yo tambien abandone mi justísimo propósito, de pedir la infamante muerte del que ha tenido la audacia incalificable de pisotear el honor del Sanhedrin, de escupir á la cara de los jueces de Israel, de mancillar la hopra de nuestros abuelos y de nuestros hijos. Sí, callaré; pero sabed que yo deseaba ardientemente que fuera condenado á morir en un patíbulo afrentoso el miserable Nicodemus; sabed que obraré contra mi conciencia, y que no habrá paz para mí, mientras vea impune el criminal audaz.

—¿Y quién te ha dicho que nos proponemos dejar impune el delito de Nicodemus?—preguntóle Caifás.—Aquí solo se trata de ocuparnos hoy por hoy de lo principal, que es el sedicioso. Mañana será otro dia.

Eleazar hizo un gesto de desprecio y no se dignó contestar á Caifás, á quien no podia perdonar nunca el calificativo de majadero, que le habia aplicado poco antes.

—Toda vez que estamos acordes en ocuparnos hoy por hoy tan solo del Nazareno,—continuó Caifás dirigiéndose á la multitud; —bueno será que nos ciñamos á las leyes, y que levantando la sesion, esperemos la venida del dia para reunirnos en el cónclave, y desde allí dictar la sentencia de muerte contra el sedicioso. Preciso se hace que nuestros adversarios no nos puedan tachar del crimen de ilegalidad, que ha sido el objeto constante de los descabellados ataques que nos ha dirigido Nicodemus.

—¿Pero el pueblo no promoverá contra nosotros un motin, escitado á obrar así por los sectarios del Nazareno?—

observó Helchías, que, como sabemos, era el tesorero del templo; el que había dado á Judas Iscariote el precio de la sangre de Jesucristo, y aquel á quien siempre hemos visto dominado por un temor cerval, producido por el ridículo apego que tenia á su miserable vida.

—¿Y creéis vos que no tenemos tomadas ya nuestras medidas, para poner la seguridad y la libertad del tribunal á cubierto de un golpe de mano?—observó Anás, con el aire del que quiere destruir una opinion que puede ser de fatales consecuencias.

—Si es así, yo creo que ningun inconveniente puede haber en que nos reunamos en la sala Gazith á primera hora de la mañana. El gran pontífice ha dicho bien, señores; ante todo la legalidad;—dijo uno de los circunstantes, con el aplomo con que un sábio resuelve una cuestión muy espinosa, delante de otros sábios que atentamente le escuchan.

Aquellos miserables tenían la incalificable audacia de hablar de legalidad, cuando al parecer habían amontonado las leyes en la causa de Jesucristo, para pisotearlas todas á la vez.

Y quedaron convenidos y satisfechos todos, menos Eleazar que devoraba á sus solas el despecho y la rabia, que se disputaban turbulentamente su corazon de cieno.

Y maldecía á su padre y la hora fatal en que le engendró; y maldecía su cobardía, echándose en cara un exceso de respeto que, según Eleazar, de ninguna manera merecía Anás.

Nosotros les dejaremos en esta situacion, para trasladarnos de nuevo á la sala donde, acompañando á Jesucristo, han quedado algunos de los jueces de Israel, en parte decididos partidarios de su divina causa.

José de Arimatea háse acercado á Nicodemus, y lleno de admiracion y de santo respeto le abraza con entusiasmo, y aprieta entre sus brazos el cuerpo de aquel hombre, que despreciando su vida para defender la de Jesucristo, ha dicho terribles verdades á los elementos mas pavorosos que forman la nacion hebrea.

—¡Oh! mi alma te admira y mi corazon te venera, hombre generoso como no hay en el mundo!—le decia José de Arimatea, derramando lágrimas de admiracion y entusiasmo.—Mi vida toda daria, si me fuese dado coronarme de la gloria celestial que circunda toda tu alma.

Y los vivos trasportes de entusiasmo, y la no menos viva emocion, de que daba tan palpables muestras el buen anciano, llamaron la atencion de Gamaliel, que distraido de sus acerbas consideraciones, fijó la mirada y á la par el alma en el grupo que formaban el impávido, el sereno y tranquilo Nicodemus, y el noble y entusiasmado anciano.

Gamaliel, envidiando la situacion del sacerdote y discípulo de Cristo, al considerar cuán justos eran los elogios que José le tributaba, y cuán noble el carácter de Nicodemus, recordando sus buenos tiempos, y comparando su situacion con la del defensor del Mesías, suspiró profundamente.

Nicodemus impasible á las amenazas de los jueces; Nicodemus que ni en presencia de la muerte retrocedía espantado, recibía con la misma impasibilidad los elogios y los trasportes de emocion, de que su amigo daba tales demostraciones.

Dominado por la sublimidad de la idea que le animaba, era invulnerable, por decirlo así, á todos los dardos que, ya en una forma, ya en otra, le arrojaba el mundo. La

muerte no le hacia estremecer, y los elogios que le eran tributados tan justamente, no envanecian ni lisonjeaban su alma.

Nicodemus no aspiraba á mas bien, que al de arriesgar toda su vida por defender á su divino Maestro, y á la verdad este bien lo hallara colmado, y le embargaba todos los sentidos y potencias del alma, enagenada de dicha, y satisfecha de sí misma por lo que habia hecho.

Y mientras José de Arimatea colmábale de elogios y de atenciones, Nicodemus, sin darse cuenta de aquellos elogios, sin observar aquellas tan cariñosas atenciones, hallábase dominado por una idea grande, inconcebible para las almas vulgares y los corazones rastreros.

Su obra de defensa merecia una corona, y aquella corona, en concepto de Nicodemus, solo podia hallarla en la muerte afrentosa. Participar de los tormentos y de la suerte de Jesús, era el bello ideal de su alma elevada, despues de haberle tan magistralmente defendido.

Así es que animado por esta idea de sublime abnegacion, y sabiendo que todo lo habia puesto el Padre Eterno en las manos del Redentor de los hombres, acercóse á Jesús temblando de amorosa emocion, para hablarle rendidamente del deseo que animaba su alma justa.

Al efecto, desentendiéndose blandamente de los mil afectuosos extremos del buen anciano de Arimatea, postrándose rendido á las plantas del Salvador, besó amorosamente sus llagas:

—Nicodemus, — le dijo blandamente el Redentor del mundo, con voz débil y enternecedora; — deseaba verte para darte las gracias por lo que has hecho por mí.

—¡ Ah Señor! — contestóle Nicodemus llorando; — ¿ por qué os espresais así al dirigiros al mas indigno de vuestros

discípulos? ¿ Acaso no era para mí un deber hacer por vos lo poco que me ha sido dable? ¿ Deben darse las gracias al que por deber y por inclinacion defiende la inocencia, y se esfuerza para que se haga justicia?

—Nicodemus; esto no obsta para que yo deseara verte para darte las gracias por lo que has hecho por mí. Has defendido al que todos acusaban; háste esforzado para librarme de la ignominiosa muerte que me espera; has hecho todo lo posible para que Israel no peque contra Dios, condenando á su inocente Hijo, y yo he experimentado un grande consuelo oyéndote, porque me he persuadido que no era aun tan triste mi destino, cuando me quedaba un amigo en el mundo, que tomaba con empeño mi causa. Gracias, amigo mio, gracias te da el Hijo del hombre, puesto en la tribulacion y en la congoja en que le ves.

Nicodemus arrodillado junto al Salvador del mundo, derramaba abundantes lágrimas de ternura y de dolor, y no sabiendo como espresar lo que sentia, besaba las llagas ensangrentadas, que tanto hacian padecer al Redentor de la humanidad.

Jesucristo con voz dulce y triste á la par continuó:

—Deseaba hablarte, para decirte que no en vano has hecho por mí lo que has hecho. Tú recibirás de las manos de mi Padre un premio superior á cuanto puedes imaginar, porque defendiendo al Hijo, has convertido en acreedor tuyo al Altísimo, que no deja sin recompensa ni el vaso de agua que se da á los pobres por amor suyo.

—Señor; por esas llagas sangrientas que conmovido adoro; por esos tormentos acerbos que os hace sufrir el amor, os ruego no me hableis así. ¿ Qué méritos contrae la mezquina criatura defendiendo la causa del Ser que le ha dado la existencia? ¿ Acaso no es suficiente recompensa

merecer la dignacion de defenderos, para que me prometais por ello colmarme de bienes en la eternidad?

—Y tú que eres mi generoso defensor, dí: ¿no quieres participar de mi gloria?

— ¡Oh! sí; quiero participar eternamente de la gloria de vivir en vuestra compañía adorable, pero no por mis pobres méritos, sino por vuestra generosa é inagotable bondad. Quiero debérselo todo á vos; no quisiera que se hiciese mérito de ninguna de mis acciones. ¡Ah! ¡cuántas veces pequé contra el Señor, y el Dios de bondad, olvidando mis pecados, no se acuerda de otra cosa que de lo poco que acabo de hacer!...

—Te bañaré en los manantiales del amor; te sumergiré en los abismos enamorados de mi corazón; revestiréte de gloria y de luz, y así te presentaré al juicio de mi Eterno Padre. Allí haré mia la causa del generoso mortal que en el mundo ha hecho suya la mia.

Nicodemus abrazó tiernamente al Salvador oídas estas amorosas palabras; puso en su rostro un beso lleno de respeto; mojó las divinas mejillas con una lágrima de gratitud y de compasion, y luego dijo:

—Os empeñais en pagarme con una moneda infinita, lo que por su insignificancia no llega siquiera á tener valor, mas ya que os veo en esa disposicion, permitid que sea yo el que escoja el premio, que por mi defensa anhela ardentemente merecer de vos mi corazón.

— Habla, amigo mio.

—Morir en vuestra compañía, el mismo día, á la misma hora, en el mismo momento, con la misma clase de muerte; participando por igual de vuestras afrentas, de vuestras angustias, de vuestras agonías. No separarme ya de vuestra compañía desde este momento, ni en el tiempo ni en la

eternidad... Vos sabeis que he puesto por mi parte todo lo que me ha sido dable poner para evitaros la muerte, mas ya que esta debe necesariamente venir, permitid que os acompañe en ella aquel que se ha esforzado por evitarla. ¿Qué alegría cabrá desde ahora en mi pobre corazón si quedo con vida en este mundo?... Si es posible, yo os ruego, Señor, por el amor que ha abierto las llagas que miro en vuestro divino cuerpo, os digneis atender benignamente la súplica que os dirijo: dejad morir con vos, al que fuera de vos no tiene alegría ni felicidad en este mundo.

Y diciendo esto, Nicodemus no se atrevia á mirar el divino rostro de Jesucristo, porque el buen discípulo suponía haber pedido demasiado. En cambio besaba con indecible ternura las llagas, que el amor de Jesucristo para con los hombres habia abierto en su cuerpo divinal.

Y así anheloso esperaba la contestacion, como el que tiene suspendida la dicha de su vida de una palabra, y espera, rogando á Dios, que aquella ansiada palabra se pronuncie, para lanzar un grito de inefable regocijo.

— Quisiera, amigo mio, — le dijo hondamente conmovido el Salvador; — quisiera poder estrecharte entre mis brazos, pero ya ves, los tengo fuertemente atados á la espalda, y no me es posible apretarte sobre mi corazón. Abriga, sin embargo, la seguridad de que vives en él, y que has escrito tu nombre en las tablas de mi pecho, para que no se borre de allí nunca jamás. Tu generosidad me tiene conmovido, y guardo tu amor dentro de mi corazón, como el mas preciado tesoro: ¿qué quieres mas de mí? Te doy todo lo que el Hijo del hombre te puede dar, pero la hora de tu muerte no se halla en mi mano, sino en la de Aquel que me ha enviado.

— Pero si vos le rogarais, Señor, lo que os suplico, Él

accedería á vuestro ruego, y mis mayores afanes se verían colmados,—atrevióse á decirle el generoso Nicodemus, con la entonacion mas humilde y suplicante que es posible comprender.

—Nicodemus,—le dijo Jesucristo, poniendo en el buen sacerdote una mirada que penetró hasta el fondo de su alma;—Nicodemus, amigo mio; ¿te has cansado ya de tributarme las pruebas de tu sincera amistad, pues con tanta instancia me suplicas que alcance del Altísimo el abreviamento de tus mortales dias?

¡Ah! — exclamó el defensor de Cristo,—si es preciso vivir eternamente en este mundo, para rendiros nuevas pruebas del amor que os tengo, léjos, Señor, de rogaros que pidais por mí la muerte al Altísimo, os suplico que le rogueis se digne concederme la eternidad de la vida material. ¿Qué importa pasar la existencia entre atroces tormentos, si viviendo puedo probar nuevamente á mi Cristo el amor que para él se atesora en mi corazon?

—¿No quieres morir ya?

—Si con la vida puedo prestaros un nuevo servicio, ruego al Señor que dilate la hora de mi muerte, hasta tanto que haya podido tributaros una nueva manifestacion de mi afecto.

—Pues bien, Nicodemus. Yo acepto gustoso tu ofrecimiento; tú serás uno de los pocos amigos que rendirán á mi cadáver los honores debidos á los difuntos.

—¡Ah! — exclamó José de Arimatea enternecido;—yo he sido, Redentor mio, tan cobarde, que he tenido mas miedo á la muerte que á la injusticia, pero ya arrepentido os pido perdon de ello; ya renuncio á la vida, si puedo con mi muerte dar un testimonio público de mi arrepentimiento, y os ruega este pobre anciano, con lágrimas en los ojos,

os digneis aceptar mi ofrecimiento; os digneis unirme á la mision que acabais de confiar al generoso Nicodemus. Ya no temeré; ¿qué me importa la existencia, si muriendo puedo probaros el amor que os tengo; si muriendo puedo espiar el pecado de mi cobardía?

—¡Pobre José! — balbuceó tiernamente el Salvador, poniendo su mirada en el anciano con blandura.—Sí; tambien acepto tu generoso ofrecimiento. Vosotros dos unidos á otros, seréis los únicos amigos que acudan en aquellos momentos al pié de la cruz, para enterrar á un muerto, y para dar algun consuelo al corazon de mi pobre, de mi infortunada Madre. Por ella y por mí os doy ahora las mas cumplidas gracias, y os aseguro que no faltará gloria á vuestro nombre ni en el cielo, ni acá en la tierra, durante el largo período de los tiempos, por causa de lo que ahora me acabais de ofrecer.

—¡Oh! — murmuró suspirando José de Arimatea;—¿cuán bueno sois, divino Maestro, y con cuánta facilidad olvidais las ofensas de los hombres!

—Si he venido á sufrir por ellos; si he venido á morir por ellos, ¿cómo quieres que no lo olvide todo? Si mi corazon os ama con tanta ternura, ¿cómo quieres que deseche las pruebas de amor que vosotros tambien me dais, en esta hora angustiosa y terrible para mí? ¡Ojalá que los hombres fuesen capaces de conocerme; ojalá que los hombres fuesen capaces de apreciar el valor de mi espontáneo sacrificio, porque entonces en mi pecho latirian de amor todos los corazones; y mi corazon latiria lleno de regocijo en el pecho de todos los hombres! Mas ¡ay! ¡ellos no me comprenden; muchos me rechazarán, y mi amor y mis sufrimientos entrarán con ellos en juicio, para hacer mas terrible y espantosa su ruina! ¡Ay! si conocierais vosotros,

amigos míos, cuán amarga es para mí esta consideración, sabrías que se me hace cien veces más dolorosa, que los tormentos pasados y que los que me esperan!

Y luego, levantando al cielo los ojos divinos, con una entonación que arrancaba lágrimas á los mismos ángeles, prosiguió:

— Alumbra, Padre mío; á los que tu Hijo va á redimir, y esclarece sus almas con la divina luz de la verdad, para que mi sacrificio no sea para ellos motivo de eterna reprobación. Por las llagas abiertas por el amor que profeso á los mortales, y con las cuales aparezco á tu presencia, te lo ruego; te lo pido por la profunda y mortal congoja, con que este pensamiento terrible dilacera mi oprimido corazón.

Jesucristo inclinó suavemente la cabeza sobre el pecho, y continuó en silencio su plegaria al Eterno Padre.

Mientras tanto Nicodemos y José de Arimatea lloraban contemplando al inocente Jesús, que no sabía proferir otras palabras que las de amor. Gamaliel, que seguía aquella escena con admiración, á veces confundido y avergonzado ocultaba su rostro, sepultándolo entre las dos trémulas manos.

Cuando los sollozos dejaron hablar al buen viejo senador, dijo:

— ¡Y que yo haya podido avergonzarme de pertenecer al número de los discípulos de ese hombre divino! ¡Oh! ¡toda mi vida pasada en el llanto, no podrá borrar de mi memoria el recuerdo de mi abominable cobardía!

— ¡Y que haya hombres que deseen conducir á Jesús á la muerte!... — exclamó Nicodemos con desgarradora entonación.

— Perdonad á esos hombres; amigos míos, — dijo blandamente el divino Redentor, — perdonadles por amor mío,

como yo les perdoné también por amor á mi Padre celestial. Si verdaderamente me amáis, no os será cosa difícil perdonarles, como me es cosa grata á mí, que amo al Padre que me ha enviado.

— ¡Ay! — exclamaron deshechos en llanto los dos amigos, — aunque el corazón rebelde se resista, nosotros les perdonamos.

— No basta esto, amigos míos, — prosiguió el Salvador del mundo, — es preciso que les améis también. ¡Los desgraciados necesitan de todo vuestro amor, de toda vuestra compasión, porque están ciegos! No se abrigue nunca el odio en vuestros pechos, como no se abriga en el mío, que por amor á todos ha dejado el cielo, para poder redimirlos muriendo en la tierra.

Nicodemos y José de Arimatea no pudieron proferir una palabra más, oyendo los enamorados conceptos de Jesucristo; oyendo las palabras de aquel Hombre-Dios, que en medio de sus tormentos y de sus dolores, no se acordaba de otra cosa que del infinito amor que tenía á los hombres; que no hallaba en su pecho más que dulces palabras de perdón, para los desgraciados que tan sin piedad le trataban.

Gamaliel, que oyó los últimos acentos de Jesucristo, acentos que repercutieron en el fondo de su corazón como el eco terrible de un remordimiento, sintiendo que una lágrima luchaba por aparecer en sus ojos, volvió á ocultar su rostro entre sus manos, y con acento profundamente desesperado dijo:

— ¡Oh! ¡Este hombre es Dios, y nosotros somos unos miserables, escoria de la tierra y oprobio de la plebe!...

Algunos momentos después los jueces de Israel tornaron

á ocupar sus asientos, y Gamaliel, despues de haber escuchado algunas palabras que Caifás murmuró á su oido, citó á los miembros del Sanhedrin para la próxima sesion, que debia tener lugar en el cónclave Gazith, á las primeras horas de la ya próxima mañana.

## CAPITULO XXVI.

### El Canto del gallo.

Tan pronto como la sesion se hubo levantado, Eleazar con ademan amenazador dirigióse al puesto donde se hallaba Nicodemus.

El malvado tenia necesidad de desfogar su ira, y como su padre estaba muy alto, pensó que le seria cosa fácil hacerlo dirigiéndose al fiel discípulo de Jesucristo, para llenarle de soeces insultos y de amenazas tan repugnantes como asquerosas.

Y Eleazar desatóse á su placer injuriando á Nicodemus, que con su imperturbable serenidad, dábale á comprender, que ni estrañaba la conducta del hijo de Anás, ni le hacian mella los apóstrofes y las amenazas que le dirigia.

Por fin, Eleazar cansado ya, dejó á Nicodemus, mientras que iba á reunirse á un grupo de jueces, que en torno de Jesucristo le maltrataban de obra y de palabra.

Jamás se vieron tantas bajezas como las de aquella noche, desde la fundacion del mundo; jamás los hombres habian descendido tanto, para atormentar al inocente y pacientísimo Jesús.

Los insultos y los tormentos que le prodigaban todos los allí reunidos, solo pueden compararse á una tempestad deshecha y espantosa, de esas que durante los dias de verano se desatan en algunas regiones, reduciéndolo todo á la nada, y llevando la desolacion donde quiera que llega su soplo.

Los puntapiés, las bofetadas, los puñetazos menudeaban sobre Jesucristo con verdadero frenesí; uno le mesaba los cabellos, otro arrancábale las barbas; este se divertia sacudiendo las cuerdas y cadenas sobre el divino cuerpo; el otro hacia correr á viva fuerza aquellas cuerdas y estas cadenas, sobre las heridas en que se hallaban sepultadas ya, renovando de esta manera la sangre, las llagas y el dolor, y por fin, mientras los unos apuraban todos los recursos de su inteligencia maldita para atormentarle y humillarle, otros se divertian arrojando al divino rostro los inmundos esputos de sus bocas, no tan inmundos, sin embargo, como lo eran sus almas.

Por fin se cansaron, y el corro empezó á decrecer.

Jesucristo sufria y callaba con una paciencia sin igual. De sus divinos labios no salia una queja; un grito de indignacion no brotaba de su alma; su pecho enamorado de los hombres, rogaba al Padre celestial que perdonara á los infelices que le maltrataban, por amor á los mismos sufrimientos con que le afligian.

De vez en cuando los labios del divino Redentor abriánse tan solo para dar paso á un ligero y tierno quejido, y esto, que únicamente sucedia cuando el tormento que le causaban aquellas fieras llegaba al colmo de su acerbidad, era recibido con una general carcajada, con elogios tributados al malvado que produjera aquel quejido, y con nuevos insultos, nuevas burlas, nuevos apóstrofes y tormentos dirigidos al pacientísimo Jesús.